



María Benítez Sierra

SALITRE EN LA PIEL



olélibros

SALITRE EN LA PIEL

María Benítez Sierra

olélibros

 **TRIO**



SALITRE EN LA PIEL

© María Benítez Sierra
© Ilustración de portada: Florencia Sudy
© Corrección ortotipográfica: Álvaro Martín Valcárcel
© de esta edición: Olé Libros, 2021

ISBN: 978-84-18759-63-5
Producción del ePub: booqlab

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Las solicitudes para la obtención de dicha autorización total o parcial deben dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos).

KALOSINI, S. L.
Grupo editorial **olélibros**
equipo@olelibros.com
www.olelibros.com

*Este libro está dedicado a todos aquellos que
celebran siempre el mar de fondo,
estén donde estén.*

*Tantos kilómetros, tantas ciudades, tantas batallas, tantas personas...
y al final llegas a un lugar del que no quieres huir.*

I

DECISIONES

Ahí estaba yo. Insegura, delirante, con las ganas de salir corriendo a cualquier lugar que estuviera a tantos kilómetros que no pudiera recordar. La escena no era nada agradable. Para empezar, hacía un calor que te derretía hasta los huesos. Estábamos en pleno mes de agosto, hacía una noche de verano de esas en las que saldrías a pasear cuando el asfalto dejara de radiar calor. Lo hubiera hecho si no hubiera sido porque estaba metida en un coche con los cuatro pestillos cerrados. Miraba al horizonte y solo veía oscuridad, quizá una remota luz, una farola de luminosidad anaranjada abandonada a su suerte en una callejuela de la ciudad.

Aunque las ventanillas del coche estaban ligeramente bajadas, sentía que me faltaba el aire. Intentaba pensar en las cosas que me habían pasado durante toda mi vida. Qué voluble es nuestro cerebro cuando decide acceder a ese archivo guardadito, ese momento tan lejano en el que fuiste inmensamente feliz, ¿verdad? En mi cabeza revoloteaban algunos momentos de felicidad: la arena en los dedos de los pies; el envolvente sonido que emite un vinilo justo antes de que suene la melodía, puros surcos sin nada de música grabada; un salón con chimenea en el que la banda sonora es el fuego crujiente; el burbujeo

de una cafetera vieja, bonita; un jarrón de flores en la mesa de la cocina... Y de repente, vuelta a la realidad. Volví a mirar a mi izquierda y lo cierto es que no estaba sola en aquel coche.

A mi izquierda estaba la persona que conducía. Tenía las manos agarradas al volante, en sus brazos podía notar sus venas hinchadas, así como en su frente. Su expresión —aunque la noche estaba demasiado oscura como para profundizar en expresiones— era desafiante, recuerdo que tenía el lateral del labio superior levantado. Era una mirada de repulsión. Sabía que estaba enfadado. Tantas veces pensé en quitarme de encima a este ¿personaje?... Y ahí estaba. «Tonta. Que eres tonta. ¡Serás estúpida! Podrías estar disfrutando de una noche espectacular o manteniendo alguna conversación interesante mientras meneas una copa de vino. Y no. Aquí estás encerrada».

Durante un tiempo, estuve en una cueva. Una cueva de la que es bastante difícil escapar, casi imposible. Pero ese día lo tenía claro. O acababa con esa situación o con mi vida. ¡Por favor! Pero ¿te has visto? ¿Dónde está la Olivia que eras antes? ¡Estás hecha un desastre! Hacía unos meses —quizá un año— que no sentía que fuera yo misma. No lloraba, pero tampoco dejaba de hacerlo.

—Hay una pelota de tenis en el tubo de escape, tú sabrás lo que quieres hacer. Subiré las ventanillas y conduciré hasta que uno de los dos deje de respirar. Es lo que tú has querido. No estaríamos en esta situación si me hubieras hecho caso, Olivia.

Despertarse en un lugar inesperado. Tranquilo. Bello. Bello no, hermoso. Un trozo de tierra en el que todo está diseñado para el disfrute del ser humano. Para el disfrute y el sentir. Uno de esos lugares que crean recuerdos de sal en la piel y en tu memoria, y que, estés donde estés, siempre vuelves a rescatarlos. Robar unos rayitos de sol de agosto para ir disfrutándolos a lo largo del año. Acceder a ese archivo en la memoria y volver a sentir el suave oleaje de las olas, el brillo que se proyecta en un azul turquesa intenso, un color que no es fácil de describir... o sí. Azul mar, azul mediterráneo. ¿Mejor?

Un lugar al que viajar física o mentalmente cada vez que la realidad venga de visita. Agarra una maleta vieja, poca ropa, un par de bikinis, y sal pitando a ese lugar aunque solo sea para hundir tus dedos en la arena. Para pensar y

reflexionar que nada de lo que nos ofrece este mundo es real y mucho menos necesario. El mar...

El mar no suele pedir mucho. Tampoco es que le importes demasiado como individuo. El mar simplemente es, y estará ahí cada vez que quieras visitarlo. Te mece entre sus olas, te pide un poco de protección solar para no abrasarte el corazón y... nada más. Bueno sí, que te dejes llevar. Una cerveza fría, quizá. Que te quedes mirando la inmensidad de su horizonte. Allí donde la vista al mar es infinita, allí es donde has de estar.

Y allí es donde yo quería estar, pero durante mucho tiempo. Sin buscar recuerdos en la memoria y sin tener que rescatar archivos del cerebro. Volver a una ciudad seca, contaminada en la que todo el mundo tiene prisa es asqueroso. Me crié en un pequeño pueblecito a las afueras de Madrid, bastante mediocre pero aceptable, y con algunas personas maravillosas. Así es. Me llamaron Olivia porque mis padres eran unos modernos en su tiempo y decidieron evitar nombres como Julia, Esther o cualquier otro nombre común nacional como «Antonia» —Jesucristo—.

Mi infancia fue bastante bonita, basada en el respeto y el amor. Cada verano gozábamos de un mes cerca del mar, en la costa. Los veranos allí eran eternos, en el buen sentido, claro. Mamá nos levantaba a las ocho de la mañana para desayunar. Ella siempre ha sido una mujer espectacular: rubia, alta, con unas curvas tan pronunciadas como las de las carreteras de Cuenca y que todo amante del motor se moriría por recorrer. De ahí que fuera modelo de una marca de refrescos reconocida mundialmente. Mi padre, sin embargo, se crió en una familia de esas que llamaron de nuevos ricos. El abuelo trabajaba en finanzas; la abuela era, como era de esperar en esa época, regordeta y menuda, ama de casa y madre de nueve niños repelentes que en el futuro serían banqueros o directivos de multinacionales.

Mis padres se conocieron en un concierto tributo a The Beatles en una discoteca cutre que ofrecía *cacharros* y cubos de cerveza. Antonio se fijó en Carmen y le ofreció un baile, una copa, después otra copa y después lo que surgiera. Y surgió un amor de verano que decidieron prolongar hasta el «sí quiero».

La parejita voló por toda la costa mediterránea de la Península y después visitó las islas del Mediterráneo, y allí engendraron a mi hermano mayor, Gonzalo. Unos tres años después aterricé en el mundo. Digo aterricé porque yo ya iba a las casitas de la playa antes de nacer.

Cada verano que pasábamos cerca del mar era único e irrepetible. Inevitablemente el verano terminaba y volvíamos a la ciudad; a la seca y aglomerada ciudad. Aun así, vivíamos en un apartamento increíble a las afueras de Madrid, y no es que estuviéramos mal, pero cuando olíamos —olía— la brisa húmeda y nos mojábamos el culo en el mar, todo cambiaba por completo.

Era mi último verano como adolescente, ya que en unos meses comenzaría la vida adulta: la universidad, la independencia y el apasionante mundo de los folletos de Lidl de los jueves. Encontré un apartamento cerca del nuevo campus que tenía que compartir con otras dos chicas que pusieron un anuncio en internet. No sabía si allí encontraría unas pirómanas o vete tú a saber, pero cuando uno es joven no se detiene a reparar en detalles. Esto no viene al caso, como nada viene al caso nunca. Algo así es la vida.

El hecho es que en agosto decidí trabajar como voluntaria en un campamento para niños. Me divertía la sensación de saber que estas personas pequeñas fueran más inmaduras incluso que yo. Me alegraba saber que tenía absoluta autoridad sobre los niños, pero en el fondo me reía tanto por dentro.

El campamento de verano se hacía cada año en la sierra de Madrid, donde el personal llegaba un día antes para planificar los siguientes quince días de batalla. Éramos ocho monitores, dos socorristas, tres cocineros, dos guardias de seguridad y una persona de mantenimiento. Nada más llegar encontré a María: era pelirroja teñida y de piel blanquecina, tenía unos ojos verdes brillantes como el agua del mar cuando le da el sol y era seria y corpulenta. Se acercó a mí, vestida con unos pantalones bombachos de todos los colores que pueden existir y una camiseta de manga corta azul marino de algodón, rota y seguramente cortada por ella misma. Noté su presencia acercarse, dando pasos firmes y con pocas risas.

—¿Trabajas aquí o es que has llegado pronto? El campamento empieza mañana.

Vale. No hemos hablado de esto. Aparento menos edad de la que tengo, tanto que en ocasiones resulta molesto. Mido un metro sesenta y ocho. Tengo el cabello castaño claro que se enreda con un soplo de aire y, si le da demasiado el sol, parezco albina. Es largo hasta debajo del pecho y ondulado, si es que ondulado significa de cualquier manera. Me he peinado unas siete veces en mis casi veinte años de vida. Mis ojos —palabras de mi madre— son dulces como la miel y amargos como el café.

Mi rostro no revela ningún estado de ánimo y, aun así, mis ojos parecen decirlo todo. Lo sé porque a veces la gente me entiende sin que diga una palabra. Es pecoso y, aunque la mayoría de la gente piensa que estoy constantemente enfadada, mis mofletes siempre están sonrojados. Pertenezco a ese grupo reducido de personas cuyos carrillos, con un poco de calor o una copa de vino, se vuelven rojizos.

Tengo una ridícula e insoportable obsesión con la delineación perfecta de mis cejas, y lo mejor de todo, la herencia de mis padres: huesuda de clavícula y unas caderas en las que podrían construir un aeropuerto. Vale, sí, estoy exagerando.

No puedo ver un gato y no acariciarlo. Por algún motivo, creo que las almas gemelas siempre se encuentran porque vuelven a su escondite. Siempre he tenido un carácter bastante tranquilo, quizá dominante. El único lugar en el que me siento feliz es cerca del mar, esté donde esté. Nunca he encajado con demasiada gente. No soporto a los matones ni a los que te miran por encima del hombro; mucho menos a toda esa gente que no tiene educación. Mis padres me educaron en el respeto y no se puede decir eso de todo el mundo. No era mi caso ni tampoco el de Gonzalo, mi hermano. Por decirlo así, ambos éramos los perfectos hijos de un matrimonio feliz con grandes expectativas de futuro.

Pues ahí estaba, vestida con una blusa blanca de lino con escote de pico y mi falda vaquera desgastada de talle alto, con unas sandalias hechas a mano que costaban más que todo el armario de la tal María. Llevaba un cinturón de piel con abalorios de colores similares a las sandalias y un sombrero de ala ancha de rafia. Mi cabello rebelde volaba ondulado con la frescura de la sierra.

—¡Hola! Soy Olivia. ¿Qué tal? Vengo al campamento de La Sierra —así se llamaba— a trabajar como voluntaria.

—¡Ah! Qué bien, soy María, una de las monitoras. ¿Las voluntarias sois... monitoras también?

—Sí... Supongo. ¡Espero! ¡Genial! Encantada de conocerte, María. El correo electrónico decía que había una reunión en la sala de la cocina en un rato, ¿vamos?

—Iremos juntas —sentenció.

Dejamos las maletas en la entrada con el resto y nos encaminamos hacia la cocina al encuentro del resto de personal, pero antes tuvimos que atravesar las instalaciones. El lugar gozaba de una localización excepcional. Rodeado de naturaleza, riachuelos, pequeñas lagunas y montañas. Había *bungalows* en fila, bien organizados y de madera, que me parecieron preciosos. Siempre me gustó estar en contacto con la naturaleza, es uno de los disfrutes más absolutos de mi vida.

Había diferentes zonas bien distribuidas para hacer gynkanas u otro tipo de actividades, una piscina infinita y bien cuidada con sombrillas de brezo... ¡Había hasta una barra para preparar cócteles! Campo de fútbol, baños totalmente limpios... ¡Me enamoré de ese sitio! Además, tenía una cocina gigantesca, bien dividida y organizada para reunir a mucha gente. Las mesas eran largas y de madera, tipo pícnic. El lugar poseía una caseta con cuatro aulas totalmente equipadas para dar las clases de inglés. ¡Ah!, para eso había venido, para dar a los niños algunas clases de inglés y natación.

Cuando entramos en la cocina, todo el personal ya se encontraba allí. Sí, llegamos tarde. La historia de mi vida. El chillido que causó el movimiento de la puerta al abrirla hizo que todos los que estaban allí se percataran de nuestra presencia. No nos miraron, nos hicieron un escaneo de arriba abajo o de abajo arriba, según quién. Intentamos ser lo más sigilosas posible, pero el director del campamento, Joan, nos sorprendió mientras tomábamos asiento en silencio. Y cuando parecía que habíamos pasado desapercibidas...

—¿Hola? ¡Hola! ¿Quiénes sois? ¿Podéis presentaros? —exigió Joan, agitando su bolígrafo mientras cruzaba una pierna con la otra.

¿Sabes cuando le dices a cualquier humano «disimula» y de repente estás con la niña de *El exorcista*? Pues así.

—Bu... Bueno, yo soy Olivia y ella es María, venimos a la reunión.

—¡Claro que sí! Mucho mejor así, ¿eh? ¡Bienvenidas! Por favor, tomen asiento, señoritas —exclamó mientras chequeaba una lista entre sus manos y hacía un movimiento exagerado con el bolígrafo.

Y así lo hicimos. Tomamos asiento cual dos palurdas adolescentes que han llegado tarde a clase y escuchamos a Joan. Era un hombre de unos treinta años, seguramente estudiaba alguna carrera complicada como ingeniería o arquitectura y venía en función de director. Era alto, fornido y la cabeza rapada le quedaba sorprendentemente bien. Llevaba puestas una retahíla de pulseritas de cuero y colgantes con conchas.

Nos asignaron las habitaciones y las funciones, hablamos de cómo recibiríamos a los niños al día siguiente y minutos después empezaron a volar litronas de cerveza y bolsas de ganchitos por mi cabeza. Así funcionaban los campamentos. Si alguna vez has estado en uno durante tu infancia, has de saber que todos tus monitores se ponían ciegos en cada momento que tenían oportunidad.

Casi todo el personal del campamento parecía estar cortado por el mismo patrón. Adornaban sus brazos, tobillos y cuellos con pulseras y ropas de mil colores, un grito de locura hacia la moda. Vi alguna que otra rasta y demasiados colores.

¡Ah!, se me olvidaba. Siempre he sido una apasionada de la moda. Más que de la moda, de la elegancia del ser humano. Nuestra querida Audrey decía que «la vida es una fiesta y has de vestir como tal». Estar vestida perfectamente para cada ocasión es imprescindible, y se me daba de maravilla. Buscaba las últimas tendencias y cada estación del año renovaba mi armario por completo. Desde los dieciséis empecé a interesarme por la armonía de colores y las prendas de calidad, así que tenía una colección de ropa desmesurada. Al igual que con mis cejas, tenía la fabulosa obsesión con los fondos de armario, las paletas de colores para cada ocasión y los detalles. Algo que me hacía parecer «repipi». ¡Bah! Esa fue la primera palabra que Rodrigo me dijo cuando nos conocimos.

Cuando fui a meterme en la boca una aceituna, noté una presencia, alguien se acercaba a mí por la espalda.

—¿Este lugar no es un poco *hippy* para alguien tan repipi?

—¿Perdona? —Esta expresión siempre suele venir acompañada de un fruncimiento de ceño.

—Me llamo Rodrigo, seré el socorrista que te salve la vida cuando esos monstruos enanos estén intentando ahogarte en la piscina.

—Espero que sepas nadar, al menos.

—¡Oye! —refunfuñó.

—Es una broma... —Puse los ojos en blanco y sonreí—. Soy Olivia.

—Ya, te he oído antes. ¿Y qué haces aquí, Olivia?

—Bueno, ya sabes, vivir esta gran experiencia como monitora de campamento.

Ambos soltamos una carcajada. Normalmente los jóvenes acudían a estos campamentos para financiarse la matrícula de la universidad.

Rodrigo tenía el pelo corto y rubio oscuro, los ojos marrones; no era muy alto, pero sí más que yo. Tenía brazos musculosos y piernas delgadas, una cara de niño para comérsela y barba de una semana que pedía a gritos que alguien la perfilara y la afeitara en condiciones. Iba vestido con una camiseta blanca básica de algodón y unos pantalones cortos de color azul marino con dos ribetes a la altura de la cintura estilo marinero. El *look* de recién levantado le quedaba sencillamente bien. Igual que yo recién levantada... Pero mejor no hablemos de eso.

—Bueno, es un extra para poder empezar la universidad.

—En realidad, vengo como voluntaria.

—No puede ser... ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Quién querría hacer esto porque... sí?

—¿Y por qué no?

—¿Dónde vas a estudiar? —cambió de tema sin que pudiera darme cuenta.

—En la Europea.

—Vaya, vaya... Yo estudio ahí. ¿Casualidad? No lo creo —contestó alzando una ceja y poniendo cara de interesante, posando su dedo pulgar e índice sobre el mentón.

—¿En serio? ¡Qué bien! ¿Cómo es eso de ser universitario?

—Bueno, ya sabes. Macarrones a las tres de la mañana, *cachilitros* en discotecas y muchos compañeros de piso hasta que mudarse solo se convierte en una opción.

—Ajá... —contesté, desinteresada y boquiabierta. ¿Macarrones? ¿De qué narices estaría hablando? ¿Era yo o recalcó con ímpetu «mudarse solo»?

—Es genial, verás...

Estuvimos charlando un buen rato sobre nuestras vidas, nosotros y el resto de monitores. Rodrigo y yo tuvimos una conexión especial y una naturalidad al hablar que parecía que nos conocíamos de toda una vida. Quizá en otra vida. Después, todos recogimos las litronas del suelo y nos fuimos a dormir. En el *bungalow* donde dormía estaban María la pelirroja, Elena y Valle.

Estas dos últimas eran dos amigas de la infancia que habían hecho prácticamente todo juntas desde los cinco años. Un día de primavera, en plena adolescencia, Elena rompió con su novio y Valle le dijo que estaba enamorada de ella desde mucho antes de lo que pudiera recordar. Entonces eran pareja y, además, estupenda. Eran altas, delgadas, parecían supermodelos ucranianas. Elena era rubia y *hippy* y Valle, morena y pizpireta; tenían una química especial entre ellas que las hacía encantadoras. Se terminaban las frases la una a la otra, se amaban con locura, pero también eran muy celosas y a menudo armaban un escándalo de la hostia.

Al día siguiente me levanté llena de energía, radiante, entusiasmada. Había descansado como nunca, la naturaleza tenía —tiene— ese poder en mí. Me fui a la ducha y después me puse el *uniforme*, que consistía básicamente en una camiseta blanca mezcla de algodón barato y poliéster tres tallas más de la mía, con una serigrafía que decía «MONITOR» en amarillo. ¿No faltaba una «A»? Cuánta... elegancia. Doblé las mangas hasta hacer la camiseta de tirantes y me hice un nudo a la altura de la cintura para no parecer una señora en camisón o, lo que es mucho peor, una monitora de verdad.

Me puse unos pantalones cortos de color azul marino, unas deportivas clásicas relucientes, un collar de conchas y un montón de pulseritas de mil colores. Y no es que me hubiera convertido en una *hippy* (*parfavar...*), sino que, como ya sabes, tenía la habilidad para vestir adecuadamente en cada ocasión.

María me convenció para hacerme unas trenzas de raíz y así demostrar sus habilidades y conocimientos de peluquería. Y aunque fui un poco el conejillo de Indias, averigüé que efectivamente las tenía, pues me quedaban espectaculares.

El reloj marcaba las siete de la mañana y era la hora del desayuno. Antes de entrar al comedor, vi a Rodrigo con Joan y el otro socorrista. Rodrigo me dedicó una sonrisa seguida de un guiño de ojo que casi hizo que me tropezase con la bandeja.

Aclaremos esto: a lo largo de mi vida he tenido una torpeza natural que me sale sin apenas esfuerzo. Es más, si te quedas mirándome fijamente durante unos instantes, probablemente tropiece con mis propios pies, se me caiga algo, se me desparrame toda la botella de agua al intentar beberla o venga una manada de tábanos tropicales con gabardina y metralletas a fusilarme. Así era y así es. Por eso, intentaba no exponerme demasiado en situaciones comprometidas que requirieran mis encantos. ¿Te imaginas hacerle un guiño, resbalar con cualquier cosa y...?

A las doce de ese mismo día llegarían los niños para instalarse. Iba a ser una jornada tranquila, ya que dejaríamos que se acomodaran en los *bungalows* y así pudieran adaptarse un poco al cambio de ambiente, pues iban a someterse a quince días muy largos —y duros— para ellos —y para nosotros—.

Cada monitor estaba a cargo de unos diez niños; junto con otro responsable, hacíamos un grupo de veinte. El equipo que coordinábamos Valle y yo lo convertimos en el mejor del campamento. El resto de equipos nos llamaban «las *estirás*», ya que Valle y yo éramos las únicas dos mujeres del campamento que no tenían esa apariencia similar al resto, de vagabundo moderno o hípster, *quicir*. Sin duda era uno de los equipos más competitivos y ganadores, por no decir que lo lideraban dos mujeres.

A lo largo de los días realizamos juegos, excursiones, *gynkanas*, deportes de agua, clases de inglés y veladas nocturnas. Estar detrás de diez o veinte niños cada segundo era agotador, pero también divertido y nos lo pasábamos en grande. Cuando terminaba la jornada, todos los monitores nos juntábamos y tomábamos algunas cervezas mientras charlábamos de las cosas que nos pasaban. Reunión nocturna de monitores lo llamaban.

Un miércoles por la mañana me dirigía a la piscina. Hacía un día fabuloso y los gorriones canturreaban, mientras que las chicharras se quejaban cada vez más fuerte. Ese día tocaba natación y clases de baile bajo el agua. Después de mi ritual de levantarme casi a la misma hora que los gallos y desayunar, me fui a la ducha, me puse un bañador blanco ajustado y atado al cuello con abalorios azul turquesa en los tirantes y encima la camiseta que llevábamos como uniforme que me llegaba hasta prácticamente los muslos. Después de formar filas en el campamento, cada uno de los equipos se iba con su monitor asignado a realizar la actividad del día.

Así, mi equipo de diez soldados enanos adormilados y yo desfilamos por la piscina en fila india. Saludamos a Rodrigo, que ordenaba perezoso el botiquín, y comenzamos la clase de baile bajo el agua, que se volvía cada vez más ridícula y divertida. Cuando terminó la clase, Valle se llevó a los niños al campo de batalla y yo me quedé en la piscina en remojo y agotada de tanto movimiento. Esperaba al siguiente grupo, con el que daríamos comienzo a la clase en unos quince minutos.

Rodrigo se levantó de su silla —trona, era injusto que el socorrista estuviera todo el día sentado y el resto no parara de un lado para otro— de socorrista, mirando el agua con desidia y caminó lentamente por el borde donde yo descansaba sobre mis brazos y disfrutaba del único rayo de sol que se proyectaba en la piscina a esas horas de la mañana.

—Bueno, ¿y a esto de las clases de baile en el agua también se pueden apuntar los adultos?

—Claro, pero las clases para adultos las da mi compañero, el que trabaja también en la cocina. ¡Ah! Y hay que traer trikini.

—Oh, vaya..., una pena. Hablando de trikinis, ¿qué te iba a decir? ¡Ah, sí! No es que te prestaran mucha atención los niños...

—¿Verdad? ¿Será que es muy temprano? Tendré que mirar los horarios de nuevo... —contesté mientras salía del agua.

Rodrigo soltó una carcajada que rozó la mofa. No entendía muy bien el porqué hasta que me trajo un espejo del botiquín... ¡!!! Se me veía hasta el alma!!!! Había olvidado por qué no me ponía este bañador. Rodrigo y el grupo de natación me lo recordaron. Lógicamente porque es blanco y se

transparentan hasta los recuerdos más profundos de mis antepasados. Era obsceno. Y mis pobres niños tendrían un trauma asegurado de por vida.

—Pero ¿cómo no me has dicho nada, imbécil? —Para algo servía esa camiseta nórdica, ¡claro! Me tapé como pude y salí de allí, empapando todo de agua.

—¿Y perderme el *show*? ¡Ni de coña!

—¡Vete a la mierda! —Salí corriendo con las chanclas en la mano, mascullando todo tipo de insultos que me sabía en más de un idioma.

Entré en el *bungalow*, me sequé como pude y lo reemplacé por un bañador Arena, azul Arena, un azul tan único que, por mucho que pasen los años, siempre sigue siendo el mismo. Compraba ese mismo bañador cada año desde que empecé a nadar con tan solo cinco años. Cambiar el color, el modelo o la marca no era una opción. Volví tan rápido como alcanzaban mis cortas piernas para no dejar al siguiente grupo de natación abandonado. La segunda clase del día fue divertida, los niños se portaron fenomenal, parecían más despiertos —les ahorré el detrimento de las transparencias del bañador— y para terminar los reté a tirar al socorrista a la piscina. Y así fue: los demonios diminutos corrieron hacia Rodrigo, lo levantaron entre todos y lo lanzaron al agua.

Una semana después, el ambiente que había en el campamento se volvió mucho más familiar. Empezamos a conocernos los unos a los otros un poco más, había más confianza. Entonces, los monitores decidimos hacer una cena especial cuando la jornada terminara. Cada uno cocinaría algo diferente con ayuda de los responsables de cocina. Maxi, uno de los cocineros, me ayudó a preparar mi plato especial. Este era moreno y de piel blanca como el flexo de estudio, regordete y bajito, llevaba las gafas de pasta negra siempre sucias y a veces tartamudeaba. Sin embargo, tenía tal cara de buena persona que pensé que le habían tomado demasiadas veces el pelo. Mi ensalada especial no tenía mucho de especial, pues se trataba de una totalmente normal con ingredientes ricos y frescos. Lo que la hacía diferente era la salsa de queso gorgonzola y yogur griego.

Valle y Elena cocinaban una pasta al pesto que olía de maravilla mientras discutían entre ellas por cuestiones como que añadir más o menos sal puede cambiar el sabor del plato o dónde poner y dejar los utensilios de cocinar... Las

adoraba, pero a menudo se ponían demasiado intensas, sobre todo cuando hacían algo juntas. Dicen que donde tengas la olla...

Mientras tanto, Rodrigo se traía algo entre manos con Jessica, otra de las monitoras. Flirteaban tanto que resultaba molesto. Levanté la mirada mientras cortaba unos tomates y presencié el arte de cocinar y chuparse los dedos el uno al otro. ¡Puag!

Cuando nos sentamos todos a cenar, mi ensalada causó furor entre el público. Siempre admiré la manera de cocinar lenta, con ganas, con productos frescos y nutritivos... Sin prisa. Cocinar es un arte, es terapia, es todo lo bueno de la vida. Ponerse el delantal y encender los fogones es un acto de amor propio y una bonita declaración de amor por otra persona. Elegir los ingredientes te lleva a un viaje sensorial y reconfortante. Amasar, picar, batir, cortar, cocer, ¡freír!, cocinar es uno de los placeres de la vida que deberíamos hacer cada día sin caer en la rutina. La forma más bonita de decir «te quiero» es cocinando. Descorchando un vino, poniendo música y cocinando lentamente. Cocinar nunca separó a familias ni amigos ni amantes, sino todo lo contrario. La cocina precalentada, los productos ultraprocesados y la bollería industrial son un acto de vandalismo, un insulto al prodigioso arte de cocinar. He dicho.

Rodrigo y Jessica se sentaron uno junto al otro, justo enfrente de mí. Las mesas eran alargadas tipo pícnic, así que estábamos todos en la misma, apiñados como sardinillas en lata. Me gustaba Rodrigo, pero no podía soportar esas maneras de coquetear que tenía con una de mis compañeras. Deduje que quería hacerse el gracioso, ser el guapo de turno y caerle bien a todo el mundo. ¿Acaso quería ponerme celosa? Qué listo. Cruzamos un par de miradas durante la cena en las que yo puse los ojos en blanco y él rio discreto.

Pasamos una velada fantástica haciendo comentarios y contando anécdotas que nos pasaban durante nuestra estancia. Tras terminar la cena, nos fuimos al jardín del comedor de la parte trasera, diseñado para el personal, que era más bien pequeño pero coqueto. Ahí nos sentamos con pareos en el suelo, litronas por todas partes, porros y algunas otras drogas más que ni siquiera sabría pronunciar. Había una guirnalda de luces que se iluminaba un poco más según iba oscureciendo. Era la típica noche de verano perfecta en el campamento.

Pasados unos días, este iba llegando a su fin, y con él las despedidas de aquellos niños que habían hecho amigos para siempre, otros contaban los minutos para volver a casa, algunos incluso habían encontrado el amor de su vida. Rodrigo me lanzaba miradas, se acercaba a darme conversación en los ratos muertos y alguna que otra noche nos quedamos charlando hasta las tantas.

El último día del campamento cada equipo recogió todo lo que pudo y los coordinadores ayudamos a los niños a hacer la mochila para volver a casa. Cuando digo ayudar, me refiero a ordenar. Y cuando digo ordenar, me refiero a dar órdenes mientras vigilamos que lo hicieran de la mejor manera posible. *Animalicos...*

Así, el cielo empezó a avisarnos de la llegada de la noche, con su azul degradado y rosa melocotón. Habíamos llegado a la última velada del campamento.

Una de las actividades que más me gustaba de los campamentos era «El buzón»: consistía en un buzón hecho a mano situado en la entrada de la cocina y en el que se podía depositar cualquier tipo de carta o artilugio no terrorista que podías enviar a cualquier persona que formara parte del campamento, ya fuera a otros niños o niñas, cocineros o cocineras, monitores o monitoras... Detrás del juego del buzón había todo un ejercicio de empatía para los niños y una superherramienta para expresar sus sentimientos. Además de saber interpretarlos y transcribirlos, ¡era todo un espectáculo! Los niños enviaban cartas de amor y desamor con errores ortográficos a las niñas y viceversa. Recuerdo la carta que recibió Ezequiel, uno de los niños más guapos y altaneros del campamento, que decía que era un idiota, que sabía lo de Raquel y que se olvidara para siempre de ella. Firmado con unos labios. Bien, la carta era de Laura, otra de las niñas más guapas y presumidas del campamento. Por algún motivo Ezequiel se convirtió en dandi y tenorio y allí estaba Laura, cagándose en sus muertos, pero en palabras menores. No pude hacer otra cosa que reírme.

Alguien dejó una nota para mi persona que decía que era la mejor monitora del campamento porque era la única que no les ordenaba abrazar a los árboles —cuando los niños se comportaban como terroristas en miniatura,

les ordenábamos hacerlo por un periodo de unos diez minutos para que reflexionaran sobre lo que habían hecho—. Y otra, curiosamente anónima, que decía: *Nos vemos a medianoche en el merendero*.

Al principio pensé que era una broma bien intencionada de uno de los críos, ya que estaba escrita con la misma caligrafía de uno de cinco años. Justo cuando terminé de leerla, levanté la cabeza y miré alrededor. Sí, efectivamente, el mensaje era de Rodrigo. Lo supe en cuanto alcé la mirada y lo encontré devolviéndome la mirada con una ceja levantada y esa sonrisa que provocaba terremotos en las ciudades de mi cabeza.

Los niños pasaron una velada fantástica, se fueron —por fin— a dormir y todo el personal adulto nos quedamos a celebrar el fin del campamento. Como era la última noche, decidimos no llevar el uniforme nórdico, así que yo me planté un peto *denim* desgastado con un crop top de tirantes blanco que hacía resaltar mi moreno, las dos trenzas que María, la pelirroja talentosa, me hacía y una diadema elástica color teja. Cuando volvimos a los *bungalows* después de la cena, en la cabaña hablábamos de lo rápido que había pasado el tiempo.

—Pues yo me voy a pasar todo el mes de septiembre en Tarifa, haciendo nada. Bueno sí, vuelta y vuelta al sol hasta que me tueste como una almendrita. ¡Voy a estar desnuda un puto mes entero! —decía María, mientras doblaba sus ropas de arcoíris de mala manera.

—Nosotras vamos a recorrer Grecia en moto, ¿te apuntas, Olivia?... ¿Olivia? ¡Eh! —susurraba Valle, mientras ojeaba un libro sin ninguna intención de leerlo.

—¿Qué?, ¡¿qué?!

—Chiquilla, ¿dónde estás?

—Ay, joder, perdón. Chicas, tengo que contaros una cosa —contesté mientras sostenía en mis manos la nota de Rodrigo.

Bien. En todo grupo grande o pequeño de hembras, cuando una de ellas anuncia que tiene algo que contar, todas las presentes se sientan como si fuera una película de cine que está a punto de empezar. Lo hacen —sorprendentemente— en orden y normalmente en círculo.

—¡Suéltalo!

—¿Te has tirado al director? ¡Lo sabía! Me debes quince pavos —exclamó Valle a Elena mientras le daba un par de codazos. Espera, ¿habían hecho una apuesta?

—¡No, guarras! —Puse los ojos en blanco—. ¿Por qué le debes quince pavos?

Silencio y risas.

—Tengo un mensaje de Rodrigo del buzón. Vamos a vernos ahora en el merendero.

—¡¡FUÁ!!

—¿Fuá qué? —miré extrañada y confusa.

—Pues que, cariño, eres muy joven para darte cuenta, pero este sí que es un truhan. ¡Y además es tan mono! —contestó Valle, mientras tiraba el libro con más ganas de las que tenía de leerlo.

—Espera, ¿qué quieres decir? ¿Acaso se os ha insinuado?

—¡Qué va, tonta! Lo hemos visto con la niña esa de Asturias. ¿Jennifer? ¿Jessica? Como sea. Los hemos visto algunas veces HA-BLAR —lo dijo en dos sílabas, elevando ligeramente el tono de su voz— en los baños, cuando salíamos de lavarnos los dientes antes de dormir.

—Y entonces, ¿qué? —pregunté con los brazos en jarra, como si fuera la malvada esposa de un gaucho de una telenovela argentina.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Es que te gusta?

—¡Te pone, te pone! —gritó María, señalándome con el dedo índice.

—No, no. ¡No! ¡No! Es que no... bueno, sí. Pero me parece que va detrás de todas.

—Menudo gilipollas. —María, la dulce.

—¡Ve, tonta! Igual hasta te lo follas esta noche. —Elena, poetisa y lesbiana.

—Haz el favor de no hacer el imbécil y no dejarte embaucar por los encantos del socorrista. —Valle, la voz de mi conciencia.

De camino al merendero estaba nerviosa. Respiré hondo y entonces me relajé; fui con mi actitud, como siempre, un poco insegura de lo que iba a pasar, pero tranquila, y allí me lo encontré. Cuando lo vi... no me esperaba que fuera de esa manera.

Encontré a Rodrigo sentado en un pareo de cuadros rojo y blanco, con una cajita muy mona de pícnic de mimbre, con velas y guirnaldas de luces que creaban un ambiente de una noche de verano perfecta.

—Disculpa, ¿esperas a alguien?

—Ja, ja... Ven, siéntate. Tengo que decirte algo, Olivia —me dijo tranquilo con una sonrisa mientras indicaba con su mano un sitio a su lado.

Me senté junto a él mientras me ofrecía una copa de vino blanco y me pasaba un trocito de pan untado con mantequilla.

—Verás, Olivia. He pensado que, como nos vamos mañana, quizá te apetecería venir en coche conmigo hasta Madrid.

—¡Ah! Me temo que tengo que ir en el autobús con los niños.

—Tenemos monitores para eso, no te preocupes.

—Ah, vale. ¡Claro! ¿Es que ahora eres el director en funciones?

—Qué va, qué va. Bueno, ¿quieres venir conmigo hasta Madrid? Podemos tomar algo por el centro, ¿qué te parece?

—Ya... Lo cierto es que, si me pones en un lado de la balanza un autobús lleno de niños gritando, cantando y vomitando, y en el otro un viaje en coche..., te diría que sí ahora mismo. Pero tendré que consultarlo con el resto, ¿no crees?

Asintió y entendió que mi respuesta era un sí con interrogante. Reímos. Estuvimos charlando de nuevo hasta las tantas de la madrugada. Es cierto que no habíamos tenido mucho tiempo de conocernos, pero sabíamos que entre nosotros había complicidad y podíamos contárnoslo todo. ¿No te ha pasado nunca?

Por ejemplo, descubrí que Rodrigo era un chico bastante normal de un pueblo a las afueras de Madrid, que vivía solo en un apartamento en la capital y estudiaba Derecho en una universidad privada que tenía que pagarse él mismo. También descubrí que tenía una hermana pequeña a la que adoraba, pero que nunca veía, y que le gustaba jugar al fútbol. Además, averigüé que era un chico extrovertido, le gustaba pasar tiempo con su familia y sus amigos y había tenido solo dos relaciones estables en su vida y que salieron mal. No me detuve mucho a hacer preguntas porque parecía incómodo con las respuestas.

—Bueno, se está haciendo tarde. Deberíamos irnos a dormir, mañana nos toca la última batalla.

—Uf... Batalla será si finalmente vas con las tribus en el autobús... Te desearé buena suerte desde la ventanilla.

—¡Ja! Lo intentaré, pero no te prometo nada. Oye, ¿te puedo preguntar algo?

—Claro, dispara.

—¿Tienes algo con Jessica?

Silencio incómodo de más de treinta segundos. Rodrigo miró a izquierda y derecha con ojos expresivos. «Olivia, sal corriendo, actúa normal, como que no pasa nada. Venga, ¡levanta! Pero ¿por qué no te levantas?».

—No.

—Oye, que no es asunto mío. Tan solo quería... preguntar.

—Jessica tiene novio. Pero además de novio, tiene problemas que ni a ti ni a mí nos incumben. Además, ella sabe que...

—¿Qué?

—Nada, Olivia.

Decidí no hacer ni una pregunta más. Disfrutamos de lo poco que quedaba de la botella de vino, del pan con mantequilla y de la noche de verano, y después nos despedimos hasta el día siguiente. Rodrigo me dio un suave y caluroso beso en la mejilla y al mismo tiempo susurró un «me gustas», que creyó que ni siquiera había oído y que me tuvo despierta unas cuantas horas más...

II

EL DETONANTE

Hablé con algunos monitores y me dieron luz verde. Aun así, no podía descuadrar el primer trayecto, así que decidí volver con los niños en el autobús hasta un punto intermedio entre el centro y la sierra de Madrid. Quedé con Rodrigo en que nos encontraríamos en uno de los pueblos donde paraba el autobús.

Cuando estaban subiendo los últimos niños, miré de reojo a Rodrigo hablando con Jessica; estaban medio escondidos detrás del comedor. Mientras hacía recuento con Valle, vi cómo Jessica abrazaba a Rodrigo de una manera en la que una no piensa que son solo amigos. Pero... ¿qué diablos hacían? Me di cuenta de que yo no tenía ningún tipo de relación con Rodrigo que no fuera más allá de la amistad o el coqueteo.

Volví con los niños, terminamos el recuento y subimos al autobús. La despedida fue rápida, pues los enanos estaban como locos y llenos de energía. El tiempo que pasamos en el autobús fue muy divertido, tal y como me lo había imaginado: vómitos en la parte de atrás.

Cuando llegamos al pueblecito a las afueras de Madrid, nos aseguramos de que todos los niños fueran recogidos por sus padres y allí estaba Rodrigo

esperándome.

Ese día, sabiendo que más tarde estaría con él a solas, me puse un vestido asimétrico de color teja y unas mallorquinas con purpurina, me dejé el pelo suelto y ondulado y cogí una maleta *vintage* que tenía más años que una playa y un bolso de rafia en el que cabía una cantidad indecente de cosas.

Mientras Rodrigo conducía, me quedé mirándolo por un instante. Llevaba un polo azul oscuro, unos pantalones cortos color beige y unas deportivas clásicas. Me gustaba su estilo urbanita, sin ser exactamente de la ciudad. Llevaba pulseras y tobilleras de cuero que los niños le habían regalado en el campamento. Iba un poco despeinado y sin afeitarse. No habíamos mantenido ninguna conversación interesante durante el viaje. Bueno, sí, lo típico: que si tenía frío o calor, que qué buen día hacía y que si estaba cómoda... Las típicas preguntas que uno hace cuando invitas a alguien a subir al coche. O al ascensor. Después hablamos de la universidad, los padres, los hermanos, la vida adulta que me esperaba... Toda la conversación fue fácil. Con Rodrigo podía hablar de cualquier cosa sin tener que poner demasiadas barreras, me daba esa confianza.

Cuando llegamos a Madrid, dejamos el coche en un *parking* subterráneo y caminamos hasta una terracita muy acogedora en Malasaña, con bancos de madera con cojines, velitas por todas partes y plantas en todo el establecimiento. Era un lugar para crear un ambiente muy íntimo. Nos sentamos en uno de los rincones con los sofás y nos pedimos una botella de vino y algo de picotear. Hablamos de todo lo que habíamos vivido en el campamento, nos partimos de la risa y, después de dos horas y dos botellas de vino, la cosa se puso seria.

—Bueno, Olivia, cuéntame, ¿cuáles son tus planes para el futuro?

—No podría hablarte de un futuro lejano, pero sí de uno próximo. Pidamos otra botella de vino. ¡Claro!

—Después no podré conducir... ¿Lo harás tú? —Colocó su mano sobre mi antebrazo.

—¿Y para qué están los taxis? Qué quieres que te diga. No sé lo que me espera mañana, ¿cómo voy a saber lo que viene mucho después?

—La vida en la universidad te va a encantar. Es algo que hay que hacer en la vida, es una experiencia que uno tiene que vivir. Mis planes son, por ahora, poder terminar el año que viene los estudios y ponerme a trabajar para tener un poco de estabilidad.

—Hablas como alguien que está a punto de jubilarse, ¿cuántos años dices que tienes?

Se rio, nos reímos, soltamos carcajadas, estuvimos —como tantas veces— hasta las tres de la mañana en esa terracita en la que yo ya no veía ni las lucecitas ni absolutamente nada. Bueno sí, doble. Entre mi cansancio, el vino, los kilómetros... mi cerebro estaba como una pasa sultana.

Rodrigo decidió que era el momento de irnos a casa cuando me vio levantar mis dedos índice y corazón al joven camarero que nos traía esas deliciosas botellas de vino. Responsable por su parte, compartimos un taxi con doble destino. Cuando estábamos a medio camino, el alcohol me hizo ese efecto de «venga, dilo ya, que vas a reventar. Y si no lo dices, te van a salir subtítulos». Así que, con mis ojos medio cerrados y totalmente despeinada, vomité mis palabras:

—Así que Jessica y tú... ¿eh? —pregunté, levantando las cejas una y otra vez.

—¿Qué dices, Olivia? —Me miró incómodo.

—¿Estáis juntos? —Volví a realizar el movimiento de las cejas y me mareé un poco más, pero me acerqué para oír su respuesta.

—Creo recordar que esta conversación la hemos tenido antes. La respuesta sigue siendo la misma —sentenció.

—Entonces, ¿por qué os estabais abrazando cariñosamente antes de salir del campamento? —Subí mi tono de voz, dándome cuenta de que estaba enfadada y, además, sorpresa, borracha. Y cuando uno o una ha bebido más de la cuenta, todos, absolutamente todos los sentimientos se multiplican por diez como mínimo. Bueno, depende del estado de embriaguez. El mío iba más o menos por diecisiete y subiendo.

—Verás, yo... quería contártelo, pero no creo que tenga nada que ver con nosotros. Jessica tiene pareja, bueno, al menos la tenía. Venían discutiendo

desde hace meses, el campamento fue el detonante de su relación. Nos hemos hecho amigos, pero nada más. ¿Es que estás celosa?

—¿*Pereedona*? —dije lentamente, pronunciando a duras penas y en un tono en el que solo me oían los perros—. No estoy celosa, es solo que...

Un beso de Rodrigo me sorprendió en el taxi. Sin previo aviso y, además, justamente cuando llegamos a la primera parada, mi casa. El vino, los kilómetros que llevaba encima, el cansancio..., todo se esfumó en un segundo. Me bajé del coche sin articular palabra, el señor taxista esperaba fuera impaciente con mis maletas. Salí zumbando de aquel taxi, necesitaba procesar lo que había ocurrido hacía exactamente dos segundos.

En el silencio de la noche de verano, me quedé por un momento mirando mi casa. Era un bloque de apartamentos bastante elegante en una buena zona de Madrid. Era color vainilla y no demasiado alto. Tenía pequeños balcones decorados con barras metálicas ornamentadas negras y persianas mallorquinas de color verde aguamarina oscuro. Era totalmente simétrico y poseía nueve apartamentos y tres pisos. Como buen edificio de Madrid, en la parte baja había una tienda de ultramarinos, de esas de toda la vida. Mis padres compraron uno de los nueve apartamentos y unos años más tarde, cuando yo nací, decidieron comprar los otros dos de la última planta para convertirlos en uno solo, el ático. Este era un apartamento antiguo, pero tenía su encanto. Era acogedor, tenía cuatro habitaciones y una terraza enorme en la que solíamos hacer barbacoas con amigos casi todos los fines de semana.

Cuando llegué al portal, suspiré. Estaba en casa, por fin. Era tarde y todos dormían. Sin embargo, vi a mi madre asomarse al rellano con la bata de seda china y estampado floral; me abrazó y me obligó a tomar un té caliente. En verano. Así que lancé todas mis cosas al cuarto mientras ella hervía el agua. ¿He dicho ya que era verano? Estuvimos charlando unos diez minutos. Dijo que me había echado de menos y que tenía unos pelos que un peluquero tardaría años en colocar y unas pintas horribles. Nada nuevo. Como siempre. También me dijo que al día siguiente teníamos una barbacoa en casa con los compañeros de trabajo de mi padre. Cuando llegué a la habitación exhausta, encontré un mensaje en el teléfono:

*«Espero que la próxima vez no huyas tan rápido,
Olivia. ¡Que descanses!».*

Efectivamente. Era Rodrigo, el canalla casanova que me había besado hacía menos de una hora en un taxi delante de mi casa. Apagué el teléfono y la luz, estaba derrotada.

A la mañana siguiente, Gonzalo decidió tirarse en bomba sobre mi cama. Eran las seis de la mañana.

—¡Joder! —grité—. ¡Quítate de encima!

—Qué pasa, ¿no ha dormido bien la princesa? ¿Demasiados kilómetros? ¿O demasiado vino?

—Déjame dormir y haz el favor de cerrar la puerta cuando salgas.

—De eso nada, señorita. Ahora mismo vamos a nadar. ¡Ponte el bañador!

Me di la vuelta y me puse la almohada en la cabeza para no escucharlo más. Aun así, logró tirar de la sábana, retiró todos los cojines que se iba encontrando y me agarró por los tobillos mientras yo me enganchaba a los barrotes del cabecero de la cama. Un circo.

Así era Gonzalo. No lo he dicho antes, pero mi hermano era todo un chulo de playa lo miraras por donde lo miraras. Un actor de Hollywood de esos que te encuentras un día cualquiera por la calle.

Siempre estaba moreno aunque no le diera el sol y tenía una percha que igual se ponía unos mocasines con traje o una sábana sucia hasta arriba de barro y le quedaba estupendamente bien. Igualito que yo.

Mi hermano tenía cinco años más que yo. Desde que era un niño ya apuntaba maneras y aires de grandeza. Era siempre el más inteligente, el más guapete de la clase, el más simpático y el más deportista. Medía metro ochenta, era moreno y atlético. Tenía el pelo castaño y los ojos de chocolate negro. A pesar de no haber llevado nunca ortodoncia, tenía los dientes perfectos y relucientes... De anuncio. El muy cabrón. Con tan solo dieciocho años fue campeón de natación, cinturón negro de karate y había hecho más triatlones de los que podíamos recordar. Era una persona deportista, pero no obsesionada con su físico. No hacía deporte por lucir palmito, sino para sentirse bien, porque le daba alegría y se lo pasaba en grande. Se licenció en Económicas y

antes de terminar sus estudios ya tenía un puesto asegurado, por lo que con tan solo veintiún años era la mano derecha del director financiero de una multinacional de la moda. Casi igual que yo: ortodoncia desde los doce años, deporte solo cuando me lo exigían, quitando lo de nadar, y un carácter de mierda acompañado de mi cara de gato.

Gonzalo me obligaba a hacer deporte con él y lo peor es que, cuando me sacaba a correr, se aburría tanto, pero tanto, que daba vueltas sobre sí mismo, ralentizando su ritmo de velocidad, y eso me cabreaba muchísimo. Era el tipo perfecto, en una familia perfecta y con los amigos perfectos. Ah, y la novia perfecta, claro.

Así que ese día Gonzalo decidió despojarme de mis dulces sueños a las seis de la mañana y no tuve más remedio que doblegarme. Bajamos a la piscina de la urbanización a nadar y, cuando volvimos, mi madre había preparado un *superbrunch* antes de la barbacoa en la que iba a venir demasiada gente. Según ella, el aperitivo antes de la comida es esencial en cualquier relación, ya sea con una amistad, la pareja o la familia, pues es el momento en el que no estás del todo concentrado en cortar la carne o coger tantas patatas como puedas del plato, sino que es más relajado, más *casual* y entonces el espacio del diálogo entra en el aperitivo.

Mientras me cambiaba de ropa, miré el teléfono y decidí contestar a Rodrigo:

«¿Es eso lo que le dices a todas?».

Antes de que pudiera dejar el teléfono en el escritorio sonó. ¡¡¡¡Era ÉL!!!! Pero ¿qué coño le pasaba? ¿Por qué me llamaba? Me aclaré la voz y me atusé el pelo. Luego me di cuenta de que no podía verme y puse los ojos en blanco:

—¿Dígame?

—Olivia, ¿cómo tengo que decírtelo? Lo que pasó con Jessica no fue mi culpa. Eres tú la que lo has interpretado mal. Si anoche te dije que me gustas demasiado...

—Ay, Rodrigo, no tienes por qué darme explicaciones de tu vida. Está todo bien. —«Hola, soy Olivia, tengo casi veinte años, soy madura, estoy relajada y